

LA LITERATURA EN LA REAPROPIACIÓN DEL TRAUMA DE “LOS NIÑOS ASOMBRADOS”. EL CASO DE *LOS NIÑOS TONTOS* (1956) DE ANA MARÍA MATUTE**Natalia Candorcio Rodríguez**

Universidad Rey Juan Carlos

natalia.candorcio@urjc.es

RESUMEN: Este artículo examina la relación entre violencia, infancia y literatura en la generación de “los niños de la guerra” y, en especial, en Ana María Matute. A partir del “giro afectivo” y el “giro de la memoria”, se exploran dos cuestiones complementarias. Por un lado, se reflexiona sobre el modo en que los autores de medio siglo españoles encontraron en el ejercicio literario un medio para elaborar —y reapropiarse de— sus experiencias traumáticas. Por otro lado, se indaga en *Los niños tontos* (1956), colección de microrrelatos de Matute que se inserta en esas coordenadas, como un artefacto donde la infancia, tanto en la temática como en la forma, convoca simultáneamente la memoria y el régimen afectivo de su generación.

PALABRAS CLAVE: Ana María Matute, microrrelato, infancia, afectos, memoria

LITERATURE IN THE REAPPROPRIATION OF TRAUMA OF “THE ASTONISHED CHILDREN”. THE CASE OF *LOS NIÑOS TONTOS* (1956) BY ANA MARÍA MATUTE

ABSTRACT: This article examines the relationship between violence, childhood, and literature in the generation of “the children of the war”, with a particular focus on Ana María Matute. Drawing from the “affective turn” and the “memory turn”, two complementary issues are explored. On the one hand, the article reflects on how mid-century Spanish authors found in the literary practice a means to process—and reappropriate—their traumatic experiences. On the other hand, it delves into *Los niños tontos* (1956), a collection of Matute’s micro-stories, which fits within these frameworks, as an artifact where childhood, both in theme and form, simultaneously evokes the memory and affective regime of her generation.

KEYWORDS: Ana María Matute, micro-fiction, childhood, affect theory, *Memory Studies*

DOI: <https://10.24029/lejana.2025.18.9097>

Recibido: el 30 de septiembre de 2024

Aceptado: el 9 de diciembre de 2024

Publicado: el 28 de febrero de 2025

¿Dónde están los niños en la literatura española? ¿Dónde están los niños en la literatura universal? Los niños no existen.
Azorín¹

Introducción

Las guerras suponen acontecimientos que rompen con la existencia previa y con los modos de representación de quienes las experimentan, sobre todo en la población más joven, cuya entrada al mundo queda inevitablemente marcada por el dolor, la pérdida y la irracionalidad inherentes a la violencia. En el caso de la guerra civil española del pasado siglo, la infancia quedó profundamente herida. En palabras de Pàmies, “Aquellos niños no olvidarían jamás. Una generación de españoles traumatizada por el pleito histórico que sus padres y abuelos no fueron capaces de solventar de manera racional” (1977: 9). Así, no es de extrañar que el grupo de literatos que vivió el conflicto en su infancia fuera bautizado por Aldecoa como “los niños de la guerra” (1983), etiqueta que recogía hasta qué punto ese acontecimiento cardinal condicionó su existencia y cosmovisión en sus primeros años de vida.

Una de las autoras de esa generación fue Ana María Matute (1925-2014). La escritora barcelonesa construyó un universo narrativo con ciertos elementos constantes, como “la infancia, los cuentos de hadas, la crueldad, la fantasía, la Guerra Civil, los enfrentamientos cainitas, los datos autobiográficos desperdigados por sus novelas y cuentos, entre otros” (Bórquez, 2011: 160). Ella misma reconocía los lazos que la unían a sus coetáneos: “La guerra civil española no sólo fue un impacto decisivo para mi vida de escritora, sino [...] para la mayoría de los escritores españoles de mi generación. Fuimos, pues, unos niños fundamentalmente asombrados. Los niños del largo estupor, podría decirse” (Matute, 1966: 143). Volvió a hablar de “los niños asombrados” cuando recibió el Premio Cervantes en el año 2010:

Yo no había cumplido los once años cuando estalló la guerra civil española. [...] No es raro, pues, que yo me permitiera, años más tarde, definir esa generación a la que pertenezco como la de “los niños asombrados”. Porque nadie nos había consultado en qué lado debíamos situarnos. [...] Yo, ahora, sólo recuerdo que el mundo se había vuelto del revés, que por primera vez vi la muerte, cara a cara, en toda su devastadora magnitud [...]. Y, por primera vez, también cobró significado la palabra “odio”. Y aquellos cuentos, aquellas historias “impropias para niños”, añadieron en su ruta interna de niña asombrada un aprendizaje. Atroz. Mucho más atroz que los cuentos de hadas. (Matute, 2014)

En las siguientes páginas, tratamos de hacernos cargo de ese vínculo inexorable entre guerra, infancia y literatura en el contexto de la autora y de su generación, así como del modo en que se intrincan esas problemáticas en una de sus obras, *Los niños tontos* (1956).

Nuestro objetivo es doble. En primer lugar, reflexionaremos sobre la función de la literatura como herramienta gracias a la que las víctimas inermes como “los niños asombrados” producen un movimiento de reagenciamiento del horror padecido en la infancia. En segundo lugar, nos centraremos en la colección de microrrelatos *Los niños tontos* (1956) y en el modo

¹ Esta cita de Azorín aparece en Sievering-Lorenzo (2003: 16).

en que, por su temática y forma, vinculadas con la infancia en diferentes sentidos, se erige como un artefacto capaz de poner en circulación el régimen afectivo y memorial compartido por su generación.

Esta propuesta parte de la puesta en diálogo de ciertas nociones situadas en la órbita de dos de los giros que han sacudido los Estudios Culturales en las últimas décadas: el “giro afectivo” y el “giro de la memoria”. El primero trata de indagar en los vínculos existentes entre la identidad, los discursos y los afectos desde prismas interdisciplinarios diversos (Arfuch, 2016). El segundo busca comprender las diferentes vicisitudes intrincadas en la memoria y en sus modos de representación en el ámbito cultural. Así, se combinarán aportaciones diversas de esas dos tendencias, como las de Ahmed (2015), Agamben (2009), Halbwachs (2004) o LaCapra (2005), que serán enriquecidas con ciertos estudios sobre el franquismo y sobre la literatura infantil y juvenil, de la mano de figuras como Cayuela (2014), López (1990), Richards (1999) o Winter (2007).

A partir de esta constelación teórica, buscamos sumarnos a la tendencia crítica que, desde hace un tiempo, trata de revalorizar la obra de Ana María Matute.² Más allá de los estudios panorámicos sobre su obra y estilo, como el de Valcárcel (2019) o el de Gutiérrez (2019), en los últimos años han aparecido diferentes aproximaciones a la colección de *Los niños tontos*. Por ejemplo, se ha estudiado el modo en que la construcción contrahegemónica de los personajes recoge el carácter caleidoscópico y plural de la existencia subversiva (Calafell, 2010), las estrategias discursivas por las que se invierten las connotaciones asociadas a ciertos binomios nucleares —bien/mal, vida/muerte, luz/oscuridad— para destituir los cimientos ideológicos de la dictadura (López, 2008), la lógica de los ritos de paso o de iniciación que puede rastrearse en cada uno de los textos (Báder, 2011) o el lugar de la censura en la génesis y publicación de la colección (Baptista, 2022). Por su parte, Bardavío (2016 y 2018) ofrece un análisis interpretativo de *Los niños tontos* y del modo en que sus personajes encarnan la vulnerabilidad y la resistencia de quienes no se atenían a la norma ideológica, moral y corporal del régimen biopolítico franquista, de tal suerte que la obra opera como un contramito que revela las fallas de los biopoderes dictatoriales.

Continuamos el camino abierto por todas estas voces y tratamos de ofrecer una aproximación al modo en que la escritura de “los niños asombrados” devino un espacio testimonial de reagenciamiento y de elaboración del “trauma histórico” de la guerra civil donde los microrrelatos de *Los niños tontos* operan como un artefacto que brota *desde y hacia* un régimen afectivo concreto: el de las víctimas infantiles de la guerra.

“Los niños asombrados”, narradores postraumáticos

Como señala Ahmed, “las emociones no deberían considerarse estados psicológicos, sino prácticas culturales y sociales” (2015: 32), en tanto que “[...] no habitan positivamente a nadie

² La escritura de la autora no fue siempre bien recibida en ámbitos críticos y académicos. Como señala Bórquez, “fue atacada por su «exceso de liricismo» estético e incomprensible ante la dificultad de encasillar su literatura «tan personal», tan diferente a la practicada sobre todo en las décadas del 50 y 60 por el resto de su generación” (2011: 162). Del mismo modo, Rodríguez (2011) recogió los testimonios de diferentes críticos —Sobejano, Eugenio de Nora o Sanz Villanueva, entre otros— que emitieron en algún momento juicios negativos sobre la infravalorada obra de Ana María Matute.

ni a nada, lo que significa que «el sujeto» es simplemente un punto nodal en la economía [de las emociones], más que su origen y destino” (2015: 82). Las emociones, por tanto, existen en tanto que se permita su puesta en circulación, de modo que los sujetos experimentarán unas u otras según su emplazamiento concreto en cada situación sociopolítica determinada que será, a su vez, la que establezca la posibilidad de la aceptación, reconocimiento y performatividad de esos afectos. Desde este prisma, el “asombro” del que habla Matute cuando se refiere a su generación ha de concebirse como una emoción situada en su contexto: el estupor, la confusión y el deslumbramiento respondieron al hecho de que, cuando vivieron la guerra, esos niños aún no habían alcanzado el grado de madurez cognitiva necesario para comprender qué estaba pasando.

Esta problemática puede ser puesta en diálogo con la naturaleza misma del “trauma histórico” de la guerra civil. El trauma provoca una ruptura de la experiencia del sujeto, que se adentra en una indecidibilidad absoluta que solo puede ser recuperada, aunque sea parcialmente, si se toma una distancia suficiente con respecto a lo vivido que permita reconstruirlo hasta llegar a su elaboración (LaCapra, 2005: 107-108). Así, ese asombro al que alude Matute es, ante todo, la manifestación de la ininteligibilidad de una experiencia desbordante que, por el momento en que se vivió, fue imposible de testimoniar por tres motivos.

En primer lugar, en un nivel general, si no se puede enunciar el “trauma histórico” con precisión se debe a la naturaleza misma de la violencia. Esta no solo se dirige al cuerpo, sino que también afecta, desborda y obstruye la capacidad simbólica de los sujetos, incapaces de reducir al discurso la experiencia vivida (LaCapra, 2005: 110). Por ende, el testimonio de la violencia extrema es siempre irrepresentable, ya que no existe lenguaje o categoría ética contemporánea que pueda rendir cuenta de tal experiencia (Agamben, 2009).

En segundo lugar, en un nivel más específico, esos “niños asombrados” no tuvieron la posibilidad de elaborar sus testimonios de forma inmediata debido a que la infancia no tiene la misma potestad para hacer uso del lenguaje que el resto de la población. Los niños forman parte de la *nuda vida*, de la esfera de la sociedad categorizada como inferior que carece de legitimidad para acceder a la palabra pública o al *logos*, de modo que quedan excluidos del circuito representacional hegemónico (Pardo, 2012: 57-58). Esto se debe a que la infancia es una etapa prelingüística, y, por lo tanto, prehistórica: aún no ha sido integrada en el “orden humano”, el del mundo adulto que establece lo normativo, por lo que la voz de la infancia se funda en un vacío constitutivo carente de legitimidad (Agamben, 2011: 63-77). Así, las experiencias de la violencia de los sujetos infantiles como los que conformaron la generación de Matute corren aún más el riesgo de caer en la obliteración que las de los adultos, puesto que la naturaleza misma de su ser, marcado por las limitaciones en el acceso al lenguaje, obstruye su posibilidad de enunciarse a sí mismos.

Por último, en el caso concreto de las víctimas infantiles de la guerra civil, tal exclusión no tenía solo un sentido ontológico, sino también político. El franquismo, como cualquier gobierno biopolítico de carácter totalitario,³ estableció un régimen de verdad particular basado

³ Si bien la definición de la naturaleza de la dictadura de Franco sigue siendo, aún hoy, objeto de pugnas, en los últimos años parece haberse dado cierto consenso al considerar que el franquismo es una variación, con ciertas particularidades, de los regímenes totalitarios de la primera mitad del siglo XX. Cenarro (1998: 9-10) recogió parte de estos debates entre teóricos sobre los modos de denominar la dictadura. Véase Cayuela (2014) para comprender

en una noción dislocada de “raza” y en los principios del nacionalcatolicismo que moldeó las cosmovisiones y los límites de la subjetivación de la población española (Cayuela, 2014). Era crucial, por un lado, llevar a cabo una serie de políticas de memoria concretas basadas en la censura positiva y negativa que moldeaban una visión particular del pasado y del presente que legitimaran la existencia del régimen (Aguilar, 1996) y, por otro, se debía poner el foco especialmente en la infancia, que había de ser protegida y adoctrinada para asegurar el futuro de la dictadura (Cayuela, 2014: 137-145).

Como defendió Halbwachs (2004), cualquier recuerdo ha de ser inscrito en unos “marcos sociales de la memoria” que le den validez, pues la memoria precisa de “los otros” para adquirir significación y relevancia. Sin embargo, en ese ambiente de represión y de censura tanto negativa como positiva del franquismo se impidió que las víctimas elaboraran un discurso unificado sobre su testimonio y que este pudiera ser legitimado en su momento. Por ello, el “trauma histórico” de la guerra civil no fue abordado como debería, porque, cuando las experiencias de las víctimas chocaban con los discursos oficiales promulgados por el poder, se desplegaron la inacción, el olvido o el silencio como estrategias de resiliencia y resistencia (Richards, 1999: 166).

Esta inaccesibilidad triple a la “palabra de verdad” de las infancias abolidas como las de “los niños asombrados” encuentra una vía de escape en un terreno, la literatura, puesto que la ficción permite una aproximación dislocada al “trauma histórico” mediante “narrativas postraumáticas” con las que las víctimas enfrentan la carga emocional de sus recuerdos del dolor (LaCapra, 2005). La propia Matute expresó de forma cruda el carácter salvífico que la literatura había tenido en su vida: “Si no hubiese podido participar del mundo de los cuentos y si no hubiese podido inventarme mis propios mundos, me habría muerto” (1998: 19). Así, no es de extrañar que la obra de gran parte de los autores de esta generación se caracterizase por dedicarle una inusitada atención a la infancia como prisma narrativo y por la presencia recurrente de personajes infantiles que refractan los efectos de la experiencia bélica sobre la niñez (Godoy, 1979), fenómeno que Matute también señaló en alguna ocasión: “Es una cosa bastante curiosa: toda mi generación empezó a hablar del niño, y yo creo que el origen está ahí, en que a los diez, a los doce, a los ocho años vivimos esta gran convulsión que fue la guerra de España [...]. Por eso hemos traído el niño en la literatura española, porque antes no existe” (citado por López, 2008: 332).

De lo expuesto hasta ahora se pueden extraer, provisionalmente, dos conclusiones. La primera es que gracias al discurso literario esos niños inermes pudieron no solo evadirse, sino, sobre todo, tomar la palabra. De esta suerte, la escritura promueve un movimiento de “reagenciamiento” por el que aquellos niños, sujetos sin potestad ni acceso al *logos* cuando sucedió el acontecimiento que marcó sus vidas, se reapropiaron de su experiencia décadas después a través de textos que recogían una memoria subalterna contaminada de la crueldad, la indecidibilidad y la ambigüedad que rigieron esa época ignominiosa. Winter resumió a la perfección esta funcionalidad del discurso literario en el caso concreto de “la generación de medio siglo”:

Al contrario de la historiografía, la literatura se hace cargo de complementar la visión del

los caracteres específicos de la biopolítica franquista o Bardavío (2016 y 2018), ya citada, para observar la aplicación de la biopolítica en el análisis literario de *Los niños tontos*.

pasado, tal como se presenta en el discurso oficial y las objetivaciones materiales y simbólicas de la cultura poniendo énfasis en la memoria perdida, las vivencias emocionales, sensibilidades manifiestas y subliminales, colectivas y privadas, cuanto más si se trata, como en España, de evocar las huellas conscientes e inconscientes de acontecimientos dolorosos y traumáticos cuya memoria primero fue reprimida y luego excluida bajo el mandato realpolítico de “echar al olvido” una época polarizadora, con el fin de facilitar la transición democrática. (2007: 173)

Por ende, esta literatura, además de servir como acicate para la superación del trauma de quienes lo vivieron, contribuye a completar el discurso del pasado del país, manipulado y reducido desde las instancias de poder. La ficción contribuye, por tanto, en el proceso de la “justicia de las víctimas” (Reyes Mate, 2008), es decir, de la reparación de las consecuencias de la violencia bélica o posbélica, puesto que inviste a quienes la padecieron de su legitimidad perdida y los visibiliza.

Aquí entronca la segunda conclusión: las obras escritas por estos “niños asombrados” pueden concebirse como diferentes piezas de un mosaico mayor que acaba produciendo un contradiscurso que recoge las memorias soterradas del país. Las ficciones literarias en periodos dictatoriales cumplen la función de “hablar cuando la circulación pública de discursos parecía obturada” (Sarlo, 2007: 350), de dar voz a lo que no puede enunciarse: el ejercicio literario de esta generación encarna un esfuerzo común por recoger el discurso plural de las víctimas, ignorado y suprimido durante décadas, por lo que contribuye a la recuperación de esa memoria colectiva infantil, fragmentaria y herida (Mainer, 2005: 99).

Con todo, esas ficciones que recuperan las infancias trasvasadas por la violencia suponen una participación, sea intencionada o inintencionada, en la creación de una comunidad donde los sujetos que escribían y leían esas “narrativas postraumáticas” diseminaban sus testimonios y conseguían que fueran escuchados por “los otros”. Es en este régimen afectivo particular donde debe situarse *Los niños tontos* (1956) de Ana María Matute.

***Los niños tontos* (1956) de Matute, artefacto memorial y afectivo**

Los niños tontos (1956) es una colección de 21 textos que, por sus rasgos estilísticos y formales, han sido considerados pioneros en el ámbito del microrrelato hispánico (Pujante, 2013: 97).⁴ El empleo de este género aún no asentado en España sirvió tanto para evadir la censura como para hacer un retrato fragmentario y elíptico, profundamente sugerente y subjetivo, de la realidad en derredor (Bardavío, 2018: 1016). Los textos de la obra cuentan con protagonistas infantiles que carecen de nombre propio y se ven condenados a una condición compartida de marginalidad y exclusión por diferentes motivos —físicos, psicológicos, materiales o sociales—, lo que permite concebirlos como una unidad, como un protagonista colectivo que encarna a ese “Niño”, sujeto predilecto de la autora que suele tener, en estos relatos, un final trágico (Báder, 2011: 1).

Esa pretensión de universalización en la constitución de los personajes se ve acentuada por el empleo predominante de narradores omniscientes de focalización variable y por la

⁴ Matute ya había publicado varios de esos microrrelatos en la revista *Índice de Artes y Letras* en mayo de 1953 bajo el membrete “Tres historias para niños tontos”. Sin embargo, como explora con profusión Baptista (2022), pese a que el proyecto literario nació hacia 1952, la colección tardó en ver la luz debido a diversos problemas vinculados de forma directa e indirecta con la censura. Para ahondar en este tema, recomendamos también el estudio de Linuesa (2021).

escasez de coordenadas espaciotemporales en los textos. No obstante, como estudia en detalle Bardavío (2018), en las prácticas y condiciones precarias de vida de esos “niños tontos” es posible entrever el contexto de los primeros años de la posguerra, cuando primaba la miseria y los diferentes biopoderes dictatoriales se dirigían incesantemente al control y vigilancia de la infancia vencida.

Así, por las páginas de Matute desfilan niños sin apenas recursos económicos que deambulan por las calles condenados, bien al hambre, a la sed y al frío —“El escaparate de la pastelería”, “La sed y el niño”, “El tiovivo”—, bien a trabajar en condiciones nefastas —“Polvo de carbón”—. Por estas precarias condiciones, algunos padecen enfermedades incurables —“El árbol”—⁵ o no llegan a cumplir un año de vida —“El año que no llegó”—, mientras que otros viven en sus carnes la brecha socioeconómica entre clases sociales que se incrementó en la posguerra —“El hijo de la lavandera”, “El corderito pascual”—. Hay también individuos marginados por el racismo imperante —“El negrito de ojos azules”, “La niña fea”— o porque sus condiciones físicas no respondían a los estándares del Nuevo Orden —“El niño que encontró un violín en el granero”, “El jorobado”—. Asimismo, se plantea la actitud negligente de los adultos a la hora de proteger la infancia y de cuidar su correcta asimilación de los traumas vividos —“El niño al que se le murió el amigo”—, así como el impacto de la violencia exacerbada en los niños, que podían llegar a seguir su senda o a intentar replicar la crueldad que predominó en aquellos años —“El niño que no sabía jugar”, “El niño del cazado”, “El niño de los hornos”—. No faltan los relatos donde se plantean y cuestionan, de algún modo, los valores nacionalcatólicos y el ideal de subjetividad franquista —“El niño que era amigo del demonio”, “El otro niño”, “La niña que no estaba en ninguna parte”—. Por último, aparecen dos sujetos infantiles, presumiblemente de familias privilegiadas, que llegan a suicidarse por la angustia que les genera el contexto —“El incendio”— o por el deseo de liberarse del peso y la vergüenza del propio cuerpo enfermo —“El mar”—.

Con todo, en *Los niños tontos* van deshilvanándose experiencias y sentires compartidos por la generación de Matute —la falta de recursos, el trabajo infantil, la enfermedad, la muerte, el duelo, la desesperanza, el ostracismo, etc.—, de tal suerte que el conjunto puede concebirse como una cartografía ficcional de la precariedad en la que se inscribían las infancias más vulnerables durante la posguerra.⁶

No obstante, la infancia no es solo la indudable protagonista de la colección: tal y como tratamos de consignar brevemente a continuación, lo relevante para nuestro estudio es que los microrrelatos se construyen desde un prisma infantil que afecta al estilo de la autora, tanto al entramado lingüístico como a los motivos sobre los que se construyen los textos.

En todas estas narraciones breves hace su aparición el imperfecto desrealizador, tiempo verbal propio de los juegos de los niños y de los relatos tradicionales, donde se anula la temporalidad cronológica, que queda puesta en suspensión, al servicio de los deseos y la imaginación (López, 1990: 126-129). Igualmente, proliferan otras estrategias propias de los hablantes infantiles y de los textos dirigidos a ellos, como las repeticiones —sobre todo de las

⁵ De acuerdo con Colmeiro (2005: 120-121), la aparición de infecciones y problemas de salud en la literatura de posguerra es un tropo que refleja la fragilidad de la infantoadolescencia al tiempo que denuncia la miseria de la época.

⁶ Remitimos de nuevo a Bardavío (2016 y 2018), quien ofrece un análisis interpretativo detallado de cada microrrelato en el marco de la biopolítica franquista.

palabras “niño” o “niña” y del apelativo específico de cada protagonista, presente en mayor o menor medida en todos los textos—, el empleo de diminutivos afectivos —hay ejemplos en “Polvo de carbón”,⁷ “El año que no llegó”⁸ o en “El escaparate de la pastelería”,⁹ entre otros— o las creaciones léxicas con función lúdica —“El hijo de la lavandera”¹⁰—. En esta línea, el único personaje con nombre propio, Zum-Zum —“El niño que encontró un violín en el granero”—, ejemplifica el modo en que se suele construir la onomástica en la cuentística, donde proliferan “personajes creados en la onomatopeya y la repetición caprichosa de sílabas” (López, 1990: 101).

De hecho, en un sentido más general, es posible interpretar algunos de los recursos estilísticos característicos de la autora observables aquí —lenguaje poético y metafórico, uso de la sinestesia, empleo de coloquialismos, etc.— a la luz de la lógica de la expresión infantil, cuya lengua “es oblicua, llena de imágenes, semejanzas, metáforas, circunlocuciones, interjección, propias del niño que no dispone de medios adecuados de expresión, de ahí su impropiedad” (López, 1990: 158).

Más allá del nivel lingüístico, se cumplen otros caracteres prototípicos de la literatura dirigida al público infantil en el desenvolvimiento de los temas o motivos recurrentes. Por un lado, en los “cuentos maravillosos” suele emerger el mundo animal con el que los personajes guardan una relación ambigua entre la familiaridad y el terror (López, 1990: 54-55). En efecto, en varios microrrelatos de Matute aparecen animales que operan como objetos que reciben la crueldad infantil —“El niño que no sabía jugar”—, como “ayudantes” de los niños —los perros suelen aproximarse a psicopompos, pues se aseguran de que los protagonistas lleguen al más allá o sean enterrados con dignidad, como en “El negrito de ojos azules”— o como mensajeros de la tragedia inminente —los pájaros en “El año que no llegó”, “El niño del cazador” o “La sed y el niño”— (Báder, 2011: 4-5). Por otro lado, la omnipresencia de la violencia, el dolor y la crueldad en *Los niños tontos* puede, también, ponerse en diálogo con la literatura infantil, sobre todo con la proveniente de la tradición oral, en tanto que “El significado del cuento infantil [...] quiere decir también domesticación, familiaridad, en definitiva, dominio de los objetos atemorizantes. [...] El niño necesita la incidencia de las situaciones violentas del cuento para su alivio” (López, 1990: 53-54).

Por tanto, el lenguaje propio de los niños junto a las convenciones de su literatura se trasvasa aquí a una obra dirigida al público adulto, lo que puede adquirir un sentido específico si se tiene en cuenta la postura de la autora frente a lo literario a la luz de lo expuesto en el apartado anterior.

Tal y como se exploró, la relación de Matute con la literatura, como miembro de la generación de “los niños asombrados”, estuvo enraizada en la infancia y en la guerra. En su caso, además, el interés en ese vínculo entre ficción, niñez y violencia iba más allá. Abogó siempre por la defensa y práctica del cuento, al mismo tiempo que reivindicaba la infancia como una etapa injustamente infravalorada, de ahí que dedicara parte de su producción a la literatura

⁷ “[...] le parecía una capillita ahumada [...] entra en las bocas tontas que se abren como capillitas ahumadas [...]” (Matute, 2016: 49).

⁸ “[...] un saquito de arena [...]” (Matute, 2016: 55).

⁹ “[...] su boca tenía dientecillos agudos [...]” (Matute, 2016: 67).

¹⁰ “[...] y le puso jabón en la cabeza rapada, cabeza-sandía, cabeza-pedrusco, cabeza-cabezón-cabezota [...]” (Matute, 2016: 59).

infantil y juvenil (Gutiérrez, 2019: 218). Este alegato quedó demostrado en su discurso de entrada en la Real Academia Española en 1998. Allí argumentó que los “cuentos de hadas”, lejos de ser relatos simplistas, contienen información valiosa sobre el papel de la emoción en la condición humana y sobre las circunstancias de cada contexto:

El hambre que asolaba al campesinado medieval queda plasmada, mejor que en cualquier testimonio, en cuentos como *Pulgarcito* o *Hansel y Gretel*: los padres abandonan a sus hijos en el bosque, para que los devoren las fieras, antes de verlos morir de hambre en sus casas. La crueldad, la ambición, la fragilidad del ser humano..., todo se revela en estos cuentos aparentemente simples [...]. Porque los sentimientos —la alegría y la tristeza, la nostalgia, la melancolía, el miedo— permanecen como emboscados en estos cuentos, en los que se encuentran, me atrevería a decir, en su elemento natural. En ellos, en sus luces y sombras, se mezclan realidad y fantasía, las dos materias primas de los sentimientos, en la misma medida que ocurre en nuestra vida. (Matute, 1998: 20-22)

Queda patente que Matute defendía que “los cuentos de hadas” disfrutados por los niños son manifestaciones literarias del sentir de cada época determinada que ponen en circulación sus afectos predominantes. Por consiguiente, que en *Los niños tontos* participara de las convenciones del cuento infantil de corte tradicional para abordar la ficcionalización de la crudeza de la posguerra no ha de ser tomado a la ligera.¹¹

Estos microrrelatos no solo hablan *de* la multiplicidad de infancias atravesadas por la violencia de su contexto, puesto que no buscan solo enunciar lo ocurrido, algo para lo que tal vez otros géneros, como la novela, serían más adecuados. “El cuento popular nace de una comunidad y a su vez sobre ella incide”, asevera López (1990: 68), y esa es la dinámica que se abre precisamente con esta colección: Matute recoge la experiencia de “los niños asombrados” como ella y decide narrarla *desde* esa misma infancia, a través del lenguaje con el que contaban cuando la vivieron, y *para* esas infancias que, en su día, no pudieron ni enunciarse ni escucharse mutuamente. De esta suerte, autora y lectores ponen en marcha el proceso de la legitimación del testimonio necesario para la superación del trauma, al tiempo que instauran lazos fundados en el reconocimiento común del régimen afectivo compartido. No en vano, “las emociones no son simplemente algo que «yo» o «nosotros» tenemos, más bien, a través de ellas, o de la manera en que respondemos a los objetos y a los otros, se crean las superficies o límites: el «yo» y el «nosotros» se ven moldeados por —e incluso toman la forma de— el contacto con los otros” (Ahmed, 2015: 34).

Por todo lo aducido, *Los niños tontos*, empleando la terminología de Rigney (2008), puede concebirse como un “monumento” y un “agente” de la memoria de las víctimas, puesto que transmite información del pasado y, simultáneamente, de la interacción entre autora, texto y receptores se abre una nueva aproximación al recuerdo que afecta a la comprensión de la realidad.¹² Cabría, también, hablar de un “monumento” y “agente” de esos afectos radicalmente

¹¹ No es nuestra intención afirmar que este fenómeno sea exclusivo de esta obra ni de esta autora; como recoge el citado Godoy (1979), es una tendencia generalizada en esa generación. Sin embargo, por motivos de extensión y dado el objetivo de esta investigación, nos limitamos a analizar el papel de lo infantil en esta colección particular de Matute.

¹² En su lectura desde la biopolítica de *Los niños tontos*, combinada también con los *Memory Studies*, Bardavío llega a unas conclusiones similares, si bien no aborda de forma explícita la cuestión del lenguaje infantil en la obra: “[...] es posible observar cómo el lenguaje poético se pone al servicio de la memoria de las víctimas, cuestionando y denunciando los mecanismos del poder. *Los niños tontos* adquiere entonces una trascendencia que supera su

insertos en su contexto, puesto que no solo se reflejan esas emociones predominantes en la posguerra ya mencionadas —el miedo, la soledad, el desamparo, la vulnerabilidad, la resistencia—, sino que la obra, en su conjunto, adquiere ese nuevo sentido de artefacto capaz de abrir una red de solidaridad y empatía en su generación.

Conclusiones

El papel de las “narrativas postraumáticas” en la recuperación de un pasado como el guerracivilista es, como se ha tratado de explorar, inconmensurable. La literatura da voz a quienes no pudieron tenerla cuando vivieron el acontecimiento que marcaría el decurso de sus vidas. Con la producción literaria de autores como “los niños de la guerra”, que se adentran en la recreación de la miseria y la crudeza de sus infancias, se problematiza y cuestiona la versión oficial de los hechos promulgada por los poderes fácticos, al tiempo que se propicia la recuperación de todos los testimonios obliterados durante décadas.

La escritura de Matute, signada por “la pintura realista de los silenciados, los humildes y los perdedores” (Gutiérrez, 2019: 227), adquiere aquí un fuerte componente ético, en tanto que supone una aproximación directa al núcleo del “trauma histórico” de la guerra civil compartido por su generación, que sería capaz de verse refractada en los microrrelatos que se concatenan en *Los niños tontos*. El acierto de la autora está, como se ha tratado de demostrar, en la armonización de la forma y el contenido: si habla *de* la infancia de “los niños asombrados”, lo hace también *para* quienes vivieron esa infancia y *desde* el lenguaje al que tenían acceso cuando ocurrieron los hechos.

De tal modo, la obra se erige como un “monumento” y un “agente” de las memorias de las víctimas enlazadas por un régimen afectivo particular, puesto que no solo permite la recuperación de sus testimonios, sino que también produce un nuevo acercamiento a “los otros”, al resto de miembros de aquel grupo poblacional que hallarán en estos textos un espacio donde compartir y legitimar sus propias experiencias traumáticas ignoradas por el poder.

Tal vez la clave de todo lo argüido la diera la propia Matute en el microrrelato “La sed y el niño”. El protagonista, sediento, sin acceso al agua, muere, pero después su lamento tomó fuerza y logró ser escuchado: “Nadie pudo acallar su voz. El gran surtidor bajó al suelo, alargándose, sin que nadie pudiera detenerlo. La voz del niño tonto que tenía sed bajaba, bajaba todas las tardes, todos los días. Abríase paso, entre árboles y niños que comen pan y chocolate, a las seis y media; a través de la reseca tierra, como un gran paladar, hasta el océano” (Matute, 2016: 82).

Mientras no se alcance una verdadera “justicia de las víctimas”, las voces de esos “niños tontos” y “asombrados” seguirán resonando incesantemente en el discurso literario como un eco que nos recuerda que la deuda abierta por la violencia bélica y dictatorial está, todavía, lejos de saldarse.

indudable valor literario: se convierte en una metáfora de la exclusión eugenésica que padecieron muchos menores durante la primera posguerra, en un contra-mito que desmiente el discurso de protección de la infancia del franquismo y evidencia el fracaso de la biopolítica de los primeros gobiernos de la dictadura. [...] Los microrrelatos así entendidos se encuentran al servicio de la historia, como representaciones de la experiencia traumática de acontecimientos que resultarían inenarrables de otro modo. Conforman una «leyenda de las víctimas» (2018: 1018).

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio (2009): *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo. Homo sacer III*. Trad. Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia, Pre-Textos.
- (2011): *Infancia e historia: Ensayo sobre la destrucción de la experiencia*. Trad. Silvio Mattoni. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- AGUILAR, Paloma (1996): *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza Editorial.
- AHMED, Sara (2015): *La política cultural de las emociones*. Trad. Cecilia Olivares Mansuy. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- ALDECOA, Josefina (1983): *Los niños de la guerra*. Madrid, Anaya.
- ARFUCH, Leonor (2016): “El «giro afectivo». Emociones, subjetividad y política”. *DeSignis*, 24: 245-254.
- BÁDER, Petra (2011): “Ritos de paso, ritos de iniciación: *Los niños tontos* de Ana María Matute”. *Lejana. Revista Crítica de Narrativa Breve*, 3: 1-7. DOI: <https://doi.org/10.24029/lejana.2011.3.33>
- BAPTISTA, Gonzalo (2022): “Génesis y censura de *Los niños tontos* de Ana María Matute”. *Microtextualidades. Revista Internacional de Microrrelato y Minificción*, 12: 1-18. DOI: <https://doi.org/10.31921/microtextualidades.n12a1>
- BARDAVÍO, Susana (2016): “Género y cuerpo en *Los niños tontos* de Ana María Matute”. En Eva Álvarez Ramos—María Martínez Deyros (eds.): *Historias mínimas: Estudios teóricos y aplicaciones didácticas del microrrelato*. Valladolid, Cátedra Miguel Delibes: 169-184.
- (2018): “La infancia imposible: *Los niños tontos* de Ana María Matute o el fracaso de la biopolítica franquista”. *Bulletin of Spanish Studies*, VC/8: 999-1018. DOI: <https://doi.org/10.1080/14753820.2018.1489586>
- BÓRQUEZ, Néstor (2011): “Memoria, infancia y guerra civil: El mundo narrativo de Ana María Matute”. *Olivar*, XII/16: 159-177.
- CALAFELL, Núria (2010): “La conjura de la invisibilidad: el sujeto infantil en algunos cuentos de Ana María Matute y Silvina Ocampo”. *Lectora: Revista de Dones i Textualitat*, 16: 161-176.
- CAYUELA, Salvador (2014): *Por la grandeza de la patria: la biopolítica en la España de Franco*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- CENARRO, Ángela (1998): “Muerte y subordinación en la España franquista: El imperio de la violencia como base del «Nuevo Estado»”. *Historia Social*, 30: 5-22.
- COLMEIRO, José F. (2005): *Memoria histórica e identidad cultural: De la postguerra a la postmodernidad*. Barcelona, Anthropos.
- GODOY, Eduardo (1979): *La infancia en la narrativa de la posguerra española*. Madrid, Editorial Playor.
- GONZÁLEZ, Magdalena (2009): “La generación herida. La guerra civil y el primer franquismo como seña de identidad en los niños nacidos hasta el año 1940”. *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 84: 87-112.

- GUTIÉRREZ, Raquel (2019): “Tras las huellas de una poética del cuento en Ana María Matute”. *Anales de Literatura Española*, 31: 215-228. DOI: <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2019.31.13>
- HALBWACHS, Maurice (2004): *La memoria colectiva*. Trad. Inés Sancho-Arroyo. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- LACAPRA, Dominick (2005): *Escribir la historia, escribir el trauma*. Trad. Elena Marengo. Buenos Aires, Nueva Visión.
- LINUESA, Estefanía (2021): “Ana María Matute. Censura y autocensura: la (no) recuperación de su producción literaria”. *Diablotexto Digital*, 10: 193–213. DOI: <https://doi.org/10.7203/diablotexto.10.21544>
- LÓPEZ, Itziar (2008): “Los niños tontos de Ana María Matute: la brevedad como estrategia”. En Irene Andrés-Suárez—Antonio Rivas (eds.): *La era de la brevedad, el microrrelato hispánico: Actas del IV Congreso Internacional de Minificción, Universidad de Neuchâtel, 6-8 de noviembre de 2006*. Palencia, Menoscuarto Ediciones: 331-346.
- LÓPEZ, Román (1990): *Introducción a la literatura infantil*. Murcia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- MAINER, Juan Carlos (2005): *Tramas, libros, nombres. Para entender la literatura española, 1944-2000*. Barcelona, Anagrama.
- MATUTE, Ana María (1966): “Ana María Matute”. En VV. AA.: *El autor enjuicia su obra*. Madrid, Editora Nacional: 139-151.
- (1998): “En el bosque”. Discurso de ingreso, Real Academia Española.
- (2014): “Discurso Ana María Matute, Premio Cervantes 2010”. *Archivo RTVE*, el 23 de octubre de 2014, disponible en: <https://www.rtve.es/rtve/20141023/discurso-ana-maria-matute-premio-cervantes-2010/1034560.shtml>
- (2016): *Los niños tontos*. Ed. Dolors Madrenas. Barcelona, Austral.
- PÀMIES, Teresa (1977): *Los niños de la guerra*. Barcelona, Bruguera.
- PARDO, José Luis (2012): *Políticas de la intimidad: ensayo sobre la falta de excepciones*. Madrid, Escolar y Mayo Ediciones.
- PUJANTE, Basilio (2013): “El microrrelato español contemporáneo”. *Monteagudo. Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, 18: 95-111.
- REYES MATE, Manuel (2008): *Justicia de las víctimas: terrorismo, memoria, reconciliación*. Barcelona, Anthropos.
- RICHARDS, Michel (1999): *Un tiempo de silencio: la guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*. Trad. Teófilo de Lozoya. Barcelona, Crítica.
- RIGNEY, Ann (2008): “The Dynamics of Remembrance: Texts Between Monumentality and Morphing”. En Astrid Erll—Ansgar Nünning (eds.): *Cultural Memory Studies: An International and Interdisciplinary Handbook*. Berlín, Walter de Gruyter: 345-353. DOI: <https://doi.org/10.1515/9783110207262.5.345>
- RODRÍGUEZ, Ana (2011): “La Matute”. *Ana Rodríguez Fischer [Blogspot]*, el 7 de mayo de 2011, disponible en: <https://anarodriguezfischer.blogspot.com/2011/05/la-matute.html>
- SARLO, Beatriz (2007): “Política, ideología y figuración literaria”. *Escritos sobre la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores: 327-355.

SIEVERING-LORENZO, Maria-Gisela (2003): *De la preocupación pedagógica a la expresión literaria de la infancia: de Ganimet a Lorca y Cernuda*. Tesis Doctoral. DOI: <https://doi.org/10.13097/archive-ouverte/unige:233>

VALCÁRCEL, Simón (2019): *El universo literario de Ana María Matute*. La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos.

WINTER, Ulrich (2007): “La memoria compleja. Guerra civil y dictadura en la novela española desde 1975”. En Josefina Cuesta (dir.): *Memorias históricas de España (siglo XX)*. Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero: 172-185.

© Natalia Candorcio Rodríguez



<http://ojs.elte.hu/index.php/lejana>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C